

UCLA

Mester

Title

El largo camino del Edén

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/91f762b6>

Journal

Mester, 4(1)

Author

Núñez, José Gabriel

Publication Date

1973

DOI

10.5070/M341013548

Copyright Information

Copyright 1973 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

EL LARGO CAMINO DEL EDEN

Monólogo en un acto, para actriz

ACTO UNICO

Oscuridad. VOZ en off mientras el telón está cerrado.

VOZ—. . .Al nacer, se nos había puesto una colección repetida de órganos y células. . . Dios había dicho algo de “a su imagen y semejanza”. . . Algunos ya eran diferentes para entonces. Yo, al menos, sabía que tenía un corazón vivo. . . tal vez por azar me había tocado un corazón vivo. (Pausa. Fondo musical).

. . . Ya no me hace falta reconocer el día exacto en que comenzamos a caminar. Los días se sucedieron unos a otros y aprendimos a conocer la blasfemia. Habíamos descubierto, niños aún, que también se nos había dotado de razón y entendimiento. Muchos de nosotros asegurábamos poseerlos. . . Hoy, ya no hace falta identificar el día preciso en que comenzamos a caminar. . . Habíamos sido edificados para el bien y así lo habíamos entendido. El entendimiento y la razón nos sirvieron para descubrir primero aún que la maldad, el mundo que se abría a nuestros pies. . .

¡Qué hermoso mundo para habitar y poseerlo! Un mundo hermoso o un hermoso planeta. . . O un hermoso terruño con casa y huertos en una sucesión simétrica. . .

(La VOZ es interrumpida por un ruido de disparos, metralletas, sirenas de patrullas y bombardeos).

Luego vino la cólera sorda, la cólera ciega; la ira brutal y pesada que quebrantó los huesos. . . Fue entonces cuando comenzamos a morir de callar, que es diferente a morir en silencio. . . Y nuestra cólera se hizo mutilada porque ella también se hizo con silencio. . .

De repente, ya no había el hijo de caramelos ni la cerea de pirulíes. . . Conocimos más bien la barricada alrededor de nuestras casas de muñecas. Desde aquellos días, madre, supimos que teníamos un corazón manco. Y nosotros, niños aún, sin trencitos ni osos de felpa, comenzamos a andar en silencio, a sentirnos tristes, a mirar a lo lejos y sólo encontrar un horizonte polvoriento en donde no había canciones de cuna ni golosinas. . . Y cuando se nos obligó a bajar la mirada hacia el suelo, encontramos una rueda. . . una cabeza. . . un brazo, un pedazo cualquiera de nuestros juguetes rotos. . . el reflejo contrario de nuestra antigua dicha. Y nos sentimos pequeños de nuevo, impotentes, como una casa sin ventanas.

Pero luego recordamos que el corazón que se nos había puesto estaba vivo. . . pero que aún de fetos, mucho antes de que nos parieran, ya teníamos en nosotros la melancolía de la muerte. . .

(Cesa la VOZ. Se escucha un redoble de tambor. Luces que corren de un lado a otro como si buscaran a alguien. Quejidos de una mujer y un cuerpo que parece ser arrastrado hacia una silla. La mujer, joven aún, pero gastada físicamente por la tortura y el horror, lleva unas ropas ajadas y las manos atrás. Forcejea con sus imaginarios carceleros y por último es sentada en un pequeño banco. Sobre su cabeza se enciende una lamparilla. Respira de manera agitada, evidentemente tiene miedo. Un terror casi ciego que no puede dominar. Mira de un lado a otro con la última esperanza de quien busca un poco de piedad. Luego, parece comenzar a tranquilizarse, baja la cabeza y queda un instante en silencio. Comienza el interrogatorio).

—Amelia. . . Amelia Marciano. . . Nací aquí, tengo 35 años. . . ¿FP? . . . Estudiaba en un Liceo, sí, del gobierno.

¿Dónde quería que estudiara? . . . Yo no tengo dinero suficiente como para pagarle un liceo privado.

Estaba terminando el bachillerato.

—No, estudiaba de noche. De día trabajaba, pero sólo por las mañanas, hasta eso del mediodía. Siempre llegaba a almorzar un poco tarde. . . y se levantaba muy temprano. . . Cuando llegaba a almorzar, yo estaba casi siempre saliendo para el trabajo, para el turno de la

tarde. . . pero había días en que no lo veía. . . y cuando yo regresaba por la noche, preguntaba a sus hermanas a qué hora había llegado a almorzar y siempre me decían que casi al mismo tiempo que yo había salido.

Sí, yo trabajo todo el día. . .

En una casa de ropa. . . en una fábrica de ropas. . .

Costurera.

Desde hace dos años me consiguieron el empleo.

—Nadie. . . dije “me consiguieron”. . . no sé, por decir. . . En realidad fue por un aviso que salió en el periódico y yo me animé a ir. Cuando me entrevistaron, me di cuenta de que iba a ganar un poco más en esta fábrica y además, saldría un poco más temprano por la noche.

Sí, ya le dije que yo tenía otro empleo. Pero salía tarde de noche. . . Como a las ocho y media o a las nueve, depende de la hora en que terminaran la limpieza. . . A esa hora, llegaba cansada a casa. . . y no podía controlar la comida de los muchachos. Por lo general, algunos ya habían comido si había algo que comer, porque a veces me alcanzaba el tiempo a mediodía y dejaba la cena preparada. . .

Sí, tengo otros hijos.

Dos hijas hembras.

La mayor también va al colegio de noche. Por eso no puede ayudarme mucho en la cocina a esa hora. . . y la otra sólo tiene cinco años. . .

¿La mayor? Trece años. . . No, no va al mismo colegio que su hermano. . .

(Subiendo de tono, alarmada)

. . . ¿Por qué me pregunta eso? Es una niña. . . Si sólo tiene trece años. . . ¡Ella no piensa en esas cosas aún!

Las otras podrán hacerlo, pero ella no. ¡Es una niña todavía! ¡Por favor, no se rían! . . .

¡Ella no sabe nada, ella no ha hecho esa porquería! . . .

(Baja la cabeza y aboga un sollozo). . . ¡Pero sí es una niña todavía. . . Es apenas una niña!

(La mujer hace una pausa dolorosa y luego levanta la cabeza lentamente mirando hacia uno de los hombres).

—¿Por qué no me desatan las manos? . . . Me duelen las muñecas. . . me duele todo el cuerpo de tanto estar en esta posición. . . me duele la espalda. . . Por favor, desátenme las manos. . .

(Pausa. Silencio. Ella se mueve como si alguien le desanudase la cuerda que une sus manos. Luego saca los brazos adelante y se frota las muñecas con gesto de dolor. Se seca bruscamente el sudor de la cara.) (El interrogatorio prosigue).

—Creo que le faltaba un año para graduarse de bachiller. . .

Iba a cumplir diecinueve años.

No, no sé a cuál Liceo iba, nunca se lo pregunté. . . lo más que le preguntaba, de vez en cuando, era cómo iban los estudios, o cuándo comenzaban los exámenes. . . que cómo estaban las notas, o si tenía alguna materia aplazada. . . En realidad yo hablaba muy poco con él, y ya les he dicho que a veces nos veíamos apenas por unos minutos en la mañana, al mediodía cuando llegaba a almorzar y de noche. . . llegaba a veces tarde de clases. . . (Se interrumpe bruscamente).

Bueno, creo que las clases terminaban a eso de las diez o diez y media de la noche. . . llegaba a las once. . . o más tarde.

—Es que el Liceo queda lejos de la casa y tiene que tomar el autobús para irse. . .

Bueno, llegaba a veces a las once. . . Once y media. . .

Sí, yo muchas veces estaba levantada a esa hora. . . tenía que limpiar la casa o lavar los platos de la cena. . . siempre tenía que dejar esas cosas para la noche. . . Otras veces me acostaba a la una o a la una y media porque. . . porque también hago trabajos particulares. . .

—Son trabajos particulares. . . de costura para. . . para algunas personas que me encargan algún vestido o. . . No, no son de la fábrica donde trabajo, ya les he dicho, son trabajos particulares para alguna amiga. . . o para señoras que me mandan mis amigas. . .

Casi nunca me acuesto antes de las doce, en casa siempre hay algo por hacer, ya se lo he dicho. . . a pesar de que las niñas me ayudan, pero tengo que hacer todo, lavar, planchar, coser,

barrer. . . Sí, muy temprano, me tengo que levantar a las cinco y media de la mañana para poder preparar el desayuno y arreglarme para ir al trabajo.

(Transición).

—No. No le conocí amigos.

(Su rostro refleja el asombro repentino. La acción debe dar la idea de la forma obsesionante en que insisten sobre ese punto. Ella llega al borde de la desesperación).

—No tenía amigos. . . No, no tenía. . . yo no los conocí. . . Yo no llegué a verlo reunido con nadie. . . No, no tenía grupos ni nada extraño. . . Ni amigos íntimos, estaba más bien solo. . . No, no conocí a nadie, se lo juro. . . ¡Ayyy! . . . No me haga daño. . . ¡Se lo juro, no conocí a nadie! . . .

NO CONOCI A NADIE. . . EL NO TENIA AMIGOS COMO LOS QUE USTED SUPONE. . .
¡NO SE NADA! ¡SUELTENME. . . YO NO SE NADA! . . .

(Repentinamente es sacudida y abandonada violentamente. Hay una pausa mientras se recupera y escucha la nueva pregunta que es formulada. Comienza a hablar con cansancio).

Bueno, supongo que lo tenía, pero él nunca los llevó a casa. En realidad conocí a uno o dos, a algún vecino cercano que vivió en la misma calle o a algún compañero de clases que también lo conocía desde pequeño. . . usted sabe, amigos que uno ya ha visto tanto, que no se extraña. . . Pero raras veces alguien que yo no conocía preguntaba por él. . . Ahora, me imagino que tenía otros amigos, algunos compañeros de clase que no viven cerca. . . No, ya se lo he dicho, él nunca llevó amigos a la casa, siempre andaba solo.

—Leía, estudiaba. . . No, no sé qué cosas leía. Yo veía en su cuarto los libros que llevaba al liceo, pero no revisé nunca esos libros, para mí eran sus libros de estudio y eso me bastaba. . . A veces lo vi leyendo alguna que otra revista y el periódico, por supuesto. . . ¿Panfletos? . . . No, no sé de qué me habla. . . y menos de esos. . . Ya le he dicho que yo no registraba sus libros, pero nunca vi ninguna revista rara o que yo no conociera.

—¿Qué? No sé a qué se refiere. . . No sé qué me está preguntando. . . ¿Actividades? . . . ¿Qué tipo de actividades? . . . ¿Subversivas? . . . ¿Qué quiere decir con éso? . . . No, mi hijo no ha participado en cosas así, ya les he dicho, él no hacía otra cosa aparte de lo que les he dicho. Créanme, él no tenía tiempo para otras cosas, no podía. . . Llegaba siempre a la hora de salida de clases, casi nunca llegó tarde. . . NO. NUNCA. . . NUNCA. . . NUNCA LLEGO DE MADRUGADA. . . ¡NOOO! ¡NOOO! NUNCA. . . NUNCA. . . NUNCA. . . NO LLEGABA TARDE. . . NO. . .

—No sé. . . No sé. . . No sé. . . ¡NO SE! (más bajo) No sé. . . No sé por qué se fue. . . No lo sé. . .

(Pausa. Transición. Más recuperada).

—Conmigo nunca tuvo problemas, nunca discutimos ni peleamos. No tenía mal carácter y no me daba motivos para disgustarnos. . . Nunca discutimos. . . El siempre estaba callado o estudiando en su cuarto y a veces me ayudaba a una que otra cosa.

—No, su padre no vive con nosotros. El trabajaba como albañil. . . vivió tres años conmigo y luego se fue. . . No, no nos casamos. . . Luego lo vi algunas veces, él venía a vernos y a veces me traía algo, me preguntaba por el niño. Después vino cada vez con menos frecuencia. . . me enteré de que tenía otra mujer. . . le nacieron otros hijos y luego no lo vi más. El tampoco lo ha visto, de ser así, me lo hubiese dicho.

—¡No, no sé de qué me habla! Por Dios, si ya se los he dicho, él nunca habló de esas cosas conmigo. . . trato de recordar. . . trato de recordar. . . y no puedo. . . Ustedes me ponen nerviosa. . . y no puedo pensar. . . ¡tengo miedo!

(Transición. Ella continúa hablando como si hubiese sido sorprendida por una nueva pregunta).

—Sí, una semana antes de que desapareciera lo había notado nervioso. Yo le pregunté y me dijo que era por lo de los exámenes. Le creí porque siempre se ponía así en esos días. . .

(Ella se ausenta de la acción del interrogatorio viviendo una acción diferente, en su aspecto interior).

. . .Pero, una de esas noches hablamos. . . hablamos por primera vez en mucho tiempo

porque yo empezaba a presentir algo. . . Me dijo que no quería verme trabajando así. . . que yo me estaba matando a causa de ellos. . . Yo le dije que eso no importaba porque siempre había trabajado duro desde que me conocía y que aún tenía voluntad y fuerzas para seguirlo haciendo. . . nunca me enfermo y no me he sentido agotada en ningún momento. . . a veces, sólo un poco de sueño. . .

(La mujer inicia la conversación con su hijo, transportándose al pasado).

. . . A veces sólo un poco de sueño, pero esto es nada más que cuando tengo que quedarme cosiendo hasta muy tarde porque se me presenta alguna señora con una emergencia o un vestido urgente. Pero tú sabes que esto no es siempre. . . Además, si lo hago, no es por puro gusto, tú sabes que necesitamos siempre algún dinero extra para tantas cosas. . . bueno, de cualquier manera, con lo que me gano quedo más que compensada por lo que me canso, ¿no? . . . Mira, tonto, no te preocupes por mí. . . ¿O es que me veo enferma? . . . Yo no me siento mal. (Sonríe con ternura y hace como si le acariciara el pelo). Mira, te voy a prometer algo. Tan pronto tú termines los estudios y consigas un buen trabajo, yo no voy a trabajar más en la fábrica. Me voy a quedar en casa y te atenderé como es debido. . . y me voy a ocupar mejor de las niñas. . . y limpiaré mejor la casa. . . Mira, le pondremos cortinas a las ventanas y haré dos manteles blancos para la mesa del comedor, uno con encajes para los domingos. . . Y me compraré una máquina de coser eléctrica y solamente coseré para las señoras que me encarguen sus vestidos de fiesta. (Se ríe alegremente). (Transición). No, no puedes abandonar tus estudios, tienes que terminarlos. Por otra parte, nada vas a ganar con eso, si no tienes una profesión, nunca vas a ganar suficiente como para. . . (Pausa). ¿Por qué hablas así? No te conozco. Nosotros siempre hemos sido pobres, pero nunca no ha faltado para comer. ¡Déjale esas cosas a los políticos! ¡El bienestar! ¡El bienestar! . . . Hay quienes están peor que nosotros. . . Sí, yo sé que se quejan, yo sé que tienen hambre, pero tampoco tienen la posibilidad que tienes tú de solucionararte por ti mismo ese problema. Tú puedes llegar a algo, ¿comprendes? (Pausa larga).

—¿Y qué importa que no tengamos ahora una nevera repleta de carne o una máquina de coser? Eso es lo que espero de ti, ya llegará el día. Pero, comprende, eso tienes que lograrlo por ti mismo, sin necesidad de estar metiéndote en líos ni pensando en cosas raras. . . . ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? ¿De dónde sacas esas cosas? . . . Mira, mejor es que te tranquilices y dejes de estar alborotando si no quieres meterte en un lío. (Transición. Mira directo al público y luego habla muy quedo, como para sí misma). Fue la primera vez que habló de esa forma y yo comencé a sentir miedo porque por primera vez lo vi cerca de aquello que yo nunca había tocado ni soñado, a pesar de que no lo ignoraba. No, yo sabía por los comentarios de mis compañeras, que había gente presa y con problemas graves. Cuando me lo contaban, me daba lástima por ellos y por su familia. Ahora no era lástima lo que sentía. Tenía miedo. Traté de tranquilizarme pensando que era cosa de un momento de ofuscación. . . o que algún amigo le había hablado y él se estaba contagiando momentáneamente. . . Pero ya él había cambiado. Algo en él se había transformado. Dos meses después se fue. Dos meses después de aquella noche cuando por primera vez me dijo algo. ¡Esas palabras que yo no hubiese querido escuchar nunca! ¡Esas palabras como latigazos sobre mi cerebro que despertaron en mí el terror!

(Se lleva las manos a las sienes y simultáneamente se empieza a escuchar la VOZ).

VOZ“Yo tuve que escapar por la puerta de atrás. Había huido como un cobarde cuando se escucharon las sirenas y los primeros disparos al aire. Todos corrieron despavoridos y unos pocos alcanzamos a salir por la puerta de atrás. Otros, sorprendidos por la confusión reinante, habían corrido torpemente hacia la puerta de la calle. Hubo disparos y gritos y todos comenzaron a escapar en desorden. La gente corría por las calles y se escondía. . . Uno de mis compañeros no retrocedió. Dicen que alguien disparó y él cayó con la boca ensangrentada sobre el pavimento. Luego recogieron el cadáver y se lo llevaron en una ambulancia. . . De todo aquello solamente quedó una mancha de sangre sobre el asfalto. . . Su madre era una mujer vieja ya. Cuando se lo llevaron en una urna, dicen que no lloró. Tomó la camisa agujereada, con la sangre seca y negra bordeando los agujeros, y se la puso en la cara. Así salió a la puerta de la calle. Allí le arrebataron la camisa y le dieron un culatazo. . . Otros de mis compañeros están detenidos. Me cuentan que no los dejan ver de su familia. Y que por la noche cantan en sus

calabozos hasta la madrugada” . . .

(Ella vuelve lentamente al banco).

—El nunca me dijo nada, mi hijo nunca tuvo nada que ver con eso. ¡No me pregunten más, por favor! . . . (Pausa).

—Sí, yo supe que habrían suspendido las clases. Un día me dijo que se quedaba en casa porque el liceo estaba cerrado, pero sólo temporalmente, por la huelga de los estudiantes. En esos días apenas si salió. Una noche me llevó al cine. Fue un viernes y yo pude ir porque no tenía trabajo al otro día. El domingo siguiente me dijo que en el periódico informaban que todo estaba arreglado y que las clases comenzaban de nuevo.

—Sí, me contó todo lo de la huelga, el incidente que se produjo cuando llegó la policía y habían lanzado bombas lacrimógenas. Pero él no había participado en nada. . . (Súbitamente se incorpora) (Ataca con voz fuerte) ¡Yo no sé nada de eso! ¿Yo no estoy ocultando nada! ¿Qué cosa? . . . ¿Mi posición? ¿Qué posición pretende usted que yo tenga? Nunca me ha interesado la política ni sus asquerosos asuntos, porque no creo en eso. ¡Y no pienso nada acerca de ésto, ni de las bombas, ni de los disparos, ni de los terroristas, ni de los policías! No me interesan, ¿me entiende? Yo he trabajado toda mi vida, tengo unos hijos y en mi casa no hay hombre que pueda ver por nosotros. Eso es lo único que me importa. . . Y si vuelvo a faltar a mi trabajo por otro interrogatorio o por cualquier cosa que tenga que ver con este asunto, seguramente que me despiden. . . Allá no quieren saber nada de lo que está pasando. Y si yo trato de explicarles que no se trata de mí sino de mi hijo, para ellos va a ser igual, sencillamente no les conviene tener empleada a una mujer que está en líos de política.

—Compréndanme, me están haciendo daño. Yo no tengo nada que ver con ésto. (Pausa). No, ni mi hijo tampoco. El nunca se ha metido en líos de este tipo, cuando la huelga, estaba en casa, ya les he contado. . . (Pausa). . . ¿Disimular? ¿Disimular qué cosa? El no ha hecho nada. Si estoy desesperada es porque hace unas semanas que no tengo noticias de él y ésto no había sucedido antes. (Transición). A él ha tenido que sucederle algo. . . Desapareció, ¿entienden? Desapareció. Desapareció pero no por lo que ustedes piensan. Y algo grave ha podido ocurrir y ustedes se están aprovechando de la situación para mezclarlo en ésto porque estudiaba en ese liceo. . . si se hubiera ido por su propia voluntad me lo hubiera dicho. . . no me iba a dejar sola, con esta angustia. . . A él le ha pasado algo. . . algo le han hecho, en algún sitio lo tendrán. . . ¡y puede que hasta esté muerto!

(Ella es sacudida y golpeada nuevamente) (A gritos casi)

— ¡Yo no sé nada, no sé nada!

No tengo nada que decir.

No sé. . . No sé. . . NO SE. . . ¡NO SE E E! . . .

—No, no soy su cómplice ni lo encubro, él ha desaparecido. . . a él le ha pasado algo. . .

(Transición. Ella se prepara a contestar nuevamente).

—No, no noté nada extraño. Esa noche llegó a la hora de costumbre del liceo, me besó, dejó los libros en el cuarto y se cambió los zapatos. Yo lo llamé a cenar. . . Y comió igual que siempre. . . estaba tranquilo. . . y luego, mientras yo lavaba los platos, él prendió la radio. . .

(Ella se levanta lentamente y mira al público, hablando como para sí misma).

. . . Aquella noche había llegado más tarde que de costumbre. . . Yo no había querido comer porque estaba angustiada. Cuando llegó, dejó los libros sobre la mesa y me miró largamente. Yo le serví la cena, pero apenas la probó. Yo sabía con certeza que algo estaba pasando.

(Hace como si hablara al hijo).

—¿Quieres que te prepare otra cosa? . . . ¿Por qué no has comido entonces? . . . Bueno, como tú quieras. . . (Larga pausa). . .

—Sí, he escuchado los comentarios de lo que está pasando, en la radio y en la calle. . . Esta tarde sentí miedo de verdad cuando venía para acá. . . Bueno, se escuchaban algunos tiros y no se podía pasar por la avenida, habían quemado una camioneta y más atrás estaban lanzando bombas molotov. . .

—¿Qué quieres que piense? . . . Yo no sé quién tiene la razón, si tú escuchas a cualquiera, te convence que son ellos quienes dicen la verdad. Unos atacan, otros se defienden. . . Cada uno

tiene sus motivos para creerse mejor, yo creo que ellos creen en lo que defienden, pero sus ideas son muy distintas. . . Sí, todos estamos viviendo mal aquí, pero siempre ha sido igual. Casi estoy por creer que eso no es asunto de los gobiernos porque siempre ha sido igual. . . cuando yo tenía tu edad. . . o cuando era una niña. . . o cuando mamá era una niña. . . Mira, no es que yo no me haya preguntado la causa de estas cosas, lo que ocurre es que yo tengo que pensar en otras, en ver cómo comemos, en ver cómo vivimos. . .

-Bueno, es posible que ésto no sea vida, pero es una manera de vivir y mira que yo conozco otras peores. . . No, hijo, no se trata de no tener conciencia de las cosas, lo que ocurre es que yo he tenido que luchar por algo muy distinto a las ideas y a los ideales. . . y en vez de leer y aprender por qué se lucha, he tenido que ver cómo se come. . .

-¿Quiénes? . . . Sí, he oído hablar de esas gentes. . . Me imagino cómo vivirán y cómo serán perseguidos si los de aquí, que están frente a ellos, son tratados así. . . No sé, no sé si serán mejores o peores que los otros, o que los de ahora o que los de antes. . .

(Súbitamente ella se detiene mirando al hijo con terror. Luego prosigue hablando con un hilo de voz).

¿Tú? ¡No me lo digas, no me lo repitas! . . . ¡Tú! . . . Cállate, por favor. . . No vuelvas a decirme eso. . . Si te escuchan. . . ¿Sabes lo que pasaría si te escuchan? . . . ¡Hijito! . . . ¡No! . . . Pero, ¿de dónde. . . de dónde has sacado ésto, si tú no pensabas así? Si tú no tenías problemas con nadie. . . Me das miedo. . . Tengo miedo ahora. . . Tengo frío. . . Escúchame, tú no tienes que meterte en nada, las cosas no van a cambiar para nosotros, y si haces eso, serán peores que nunca. . . ¡Escúchame. . . Tenemos que hablar, escúchame, por favor! . . .

(Ella hace como si se le acercara y le tomase su rostro entre las manos. Se produce un gran silencio. Luego ella vuelve lentamente a retomar la realidad)

. . .El me escuchó, sí. Me escuchó en silencio. . . Le hablé de mí, de lo que había visto. . . de lo que me habían dicho. . . le hablé de mi hambre, de mi angustia, de mi hastío. . . Le hablé de una esperanza turbia que había construido en él para acabar con todo ésto. . . Yo le acariciaba el pelo y él escuchaba. . . escuchaba. . . Luego me besó en la frente y se fue a dormir. . . Al amanecer, cuando me levanté y fui a llamarlo a su cuarto. . .

(Ella, que ha ido lentamente hacia el fondo, lanza un grito mezcla de horror y de dolor. Permanece fija mientras comienza a escucharse la voz).

VOZ—. . .“Cuando regrese, será para que todo se torne diferente. Es que tú no tienes la culpa de nada y no tienes por qué estar pagándola. . . Tú no tienes culpa alguna, como no la han tenido las otras madres iguales a ti. Como no la han tenido las demás madres que como tú tienen hambre desde hace cien años, desde hace cuatrocientos años. . . Desde que llegaron en barcos lejanos desde otros mundos, de más allá del mar, desde que llegaron los otros barcos, desde que llegaron los primeros trenes y los aviones, y el teléfono y la electricidad, y los radios y el estéreo y la clorofila y el Gin Fizz y el whisky y los ereyones de labio. . . Desde entonces han exhibido su hambre, nuestra hambre en las vidrieras públicas, como los tocadiscos y las lavadoras, desde entonces han parido un hijo, cuatro hijos, dos mil hijos en colchones deshechos y cobijas orinadas, en un radio transistor en el piso, o entre dos cornetas de un estéreo. . . Desde entonces, se han cansado de esperar a la puerta de un Ministerio, desde entonces son uno más en la larga cola de mendigos, de harapientos, de parias, de desarraigados, que hace antesala a una civilización organizada y metafísica que no ha sabido sino organizar el hambre y no ha podido solucionar tu existencia. . . Desde entonces, están cansadas de abortarle a un obrero o a un chofer de plaza; desde entonces están cansadas de parirle al policía o al soldado raso, o al zapatero y al vendedor ambulante. . . Desde entonces están cansadas de reformas, de planes, de sistemas, de planificación y de constituciones, de puentes y de ranchos. . . ¡Desde entonces se cansaron de soñar por temor a no tener pesadillas de mierda! . . .”

(Ella vuelve al banquillo lentamente. Se nota una mayor seguridad en sus gestos y movimientos. Su expresión se ha tornado dura, aunque luce abatida por el cansancio).

-No, no noté nada extraño aparte de lo que le he dicho. . . Nada. . . Nada. . . Nada. . . Nada. . . No sé nada más. . .

No sé. . . No sé. . .

¡NO SEEEE! . . .

—No. . . No. . . Nada. . . Llegó a la hora de costumbre del liceo, dejó los libros en el cuarto y se cambió los zapatos. . . Yo lo llamé a cenar y comió igual que siempre. . . Estaba tranquilo. . . Créanme. . . él nada tiene que ver con esto. . . El nada sabe de lo que ustedes piensan. . . ¡Y yo no lo estoy encubriendo, es la verdad! . . . El nada tiene que ver con esto. . . Ni con la política. . . ni con la huelga. . . ni con los policías. . . Pregunten en el Liceo, pregunten en todas partes. . . El no está escondido. El desapareció. . . ¡Ha tenido que ocurrirle algo! . . . (Se levanta lentamente y se dirige al público). . . ¡El nada tiene que ver con esto, y yo no sé nada!. . . Yo no sé nada, hijo. . . Nada. . . Lo único que quiero es que no vuelvas en una urna negra ni que alguien me traiga tu camisa llena de sangre. . . ¡Que yo no tenga que salir a tu entierro con tu camisa en las manos!

José Gabriel Núñez

